

Morir en Vanikoro

(En el bicentenario del Conde Lapérouse)

ENRIQUE LAFOURCADE

Qué personaje este *Jean François de Galaup*, nacido en su castillo de Gô, cerca de Albi, como Conde de Lapérouse.

Más que por él mismo, por su vida. Y más que por su vida, por su no-vida, por el misterio que envolvió su desaparición en los Mares del Sur del mundo.

En febrero de 1788 anda explorando la costa australiana. Sus últimas noticias las envía desde Botany Bay, hoy un suburbio de Sydney.

Y nunca más. Y nada más. Sus dos corbetas, la *Boussole* y la *Astrolabio*, desaparecen con el Conde, los naturalistas, los geógrafos, botánicos y científicos varios que integran su expedición. Como si se los hubiera tragado una fosa marina. Sin dejar huellas.

Recién en 1964 se establecen los hechos. Durante ciento setenta y seis años, el fin de Lapérouse y sus compañeros fue el secreto mejor guardado por los siete mares y los diez mil arrecifes de coral y los vientos, tifones y huracanes.

SOLO EL CAPITAN NEMO LO SABIA

¿Qué de extraño tiene el que la historia del Conde excitara la imaginación de Julio Verne? En su obra *Veinte mil leguas de viaje submarino* la cuenta. Como siempre, se adelanta, mediante las artes adivinatorias del novelista, a la



Marinos de la expedición de Lapérouse, en la isla de Pascua, junto a un moai y rodeados por nativos. (Dibujo de Duché de Vancy, conservado en el Archivo Histórico de la Marina Francesa).

verdad. Ya que cuando la obra fue escrita, el 'affaire Lapérouse' era aún un misterio. Vamos con Julio Verne:

"El *Nautilus* se sumergió unos cuantos metros y las vidrieras del mirador quedaron al descubierto.

"Mientras contemplaba aquellos tristes despojos, oí que el capitán Nemo me decía con un cierto tono de solemnidad: 'Sus navíos llegaron hasta los arrecifes desconocidos de Vanikoro y la *Boussole* que marchaba delante chocó en la costa meridional. La *Astrolabio* acudió entonces en su auxilio y encalló también. La primera embarcación quedó destruida en seguida, y su compañera, embarrancada a sotavento, resistió varios días. Los naturales dispensaron una acogida más bien afectuosa a los naufragos, los cuales, a pesar de los recelos que tenían sobre éstos, se instalaron en la isla, recibiendo toda clase de facilidades para la construcción de un barco más pequeño con los restos de los otros dos. Algunos marineros, por lo demás, prefirieron quedarse voluntariamente en Vanikoro, mientras que los restantes, exte-



Miembros de la Expedición Nacional de Francia en búsqueda de restos del naufragio. M. Magnier muestra la campana de la Boussole, rescatada por hombres-rana. (Fotografía tomada por Maurice Brossard).

nuados y enfermos, partieron en compañía de Lapérouse, dirigiéndose a las islas Salomón, donde la nave se perdió para siempre con todo su equipo y sus tripulantes. El hecho ocurrió exactamente en la costa occidental de la isla más importante, entre los cabos Decepción y Satisfacción'.

—¿Y cómo lo sabe usted, capitán Nemo? —le pregunté, sorprendido.

—Pues, muy sencillo... por estos documentos que fueron encontrados en el lugar mismo de lo que podríamos calificar como el último naufragio".

Luego le exhibe una caja metálica sellada con las armas de Francia encontradas en el sitio donde habría naufragado Lapérouse. Abierta, venía lo que al parecer fueron las instrucciones dadas al comandante con notas de puño y letra de Luis XVI.

El capitán Nemo no vacila en exclamar:

—¡Ah, qué hermosa muerte para un marino! Al fin y al cabo no hay sepulcro más tranquilo que esa tumba de coral. ¡Ojalá que el cielo quiera que sea también la de mis compañeros y la mía!

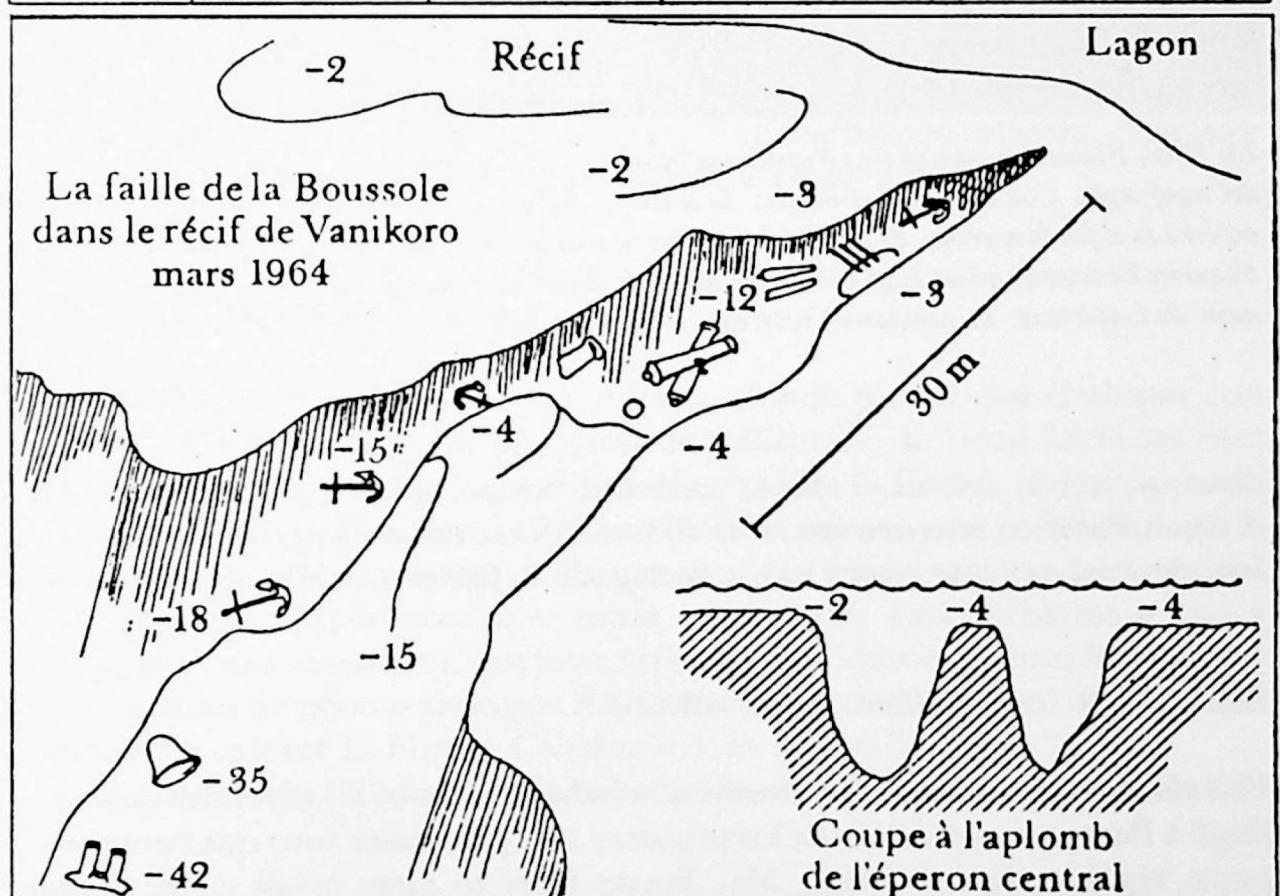
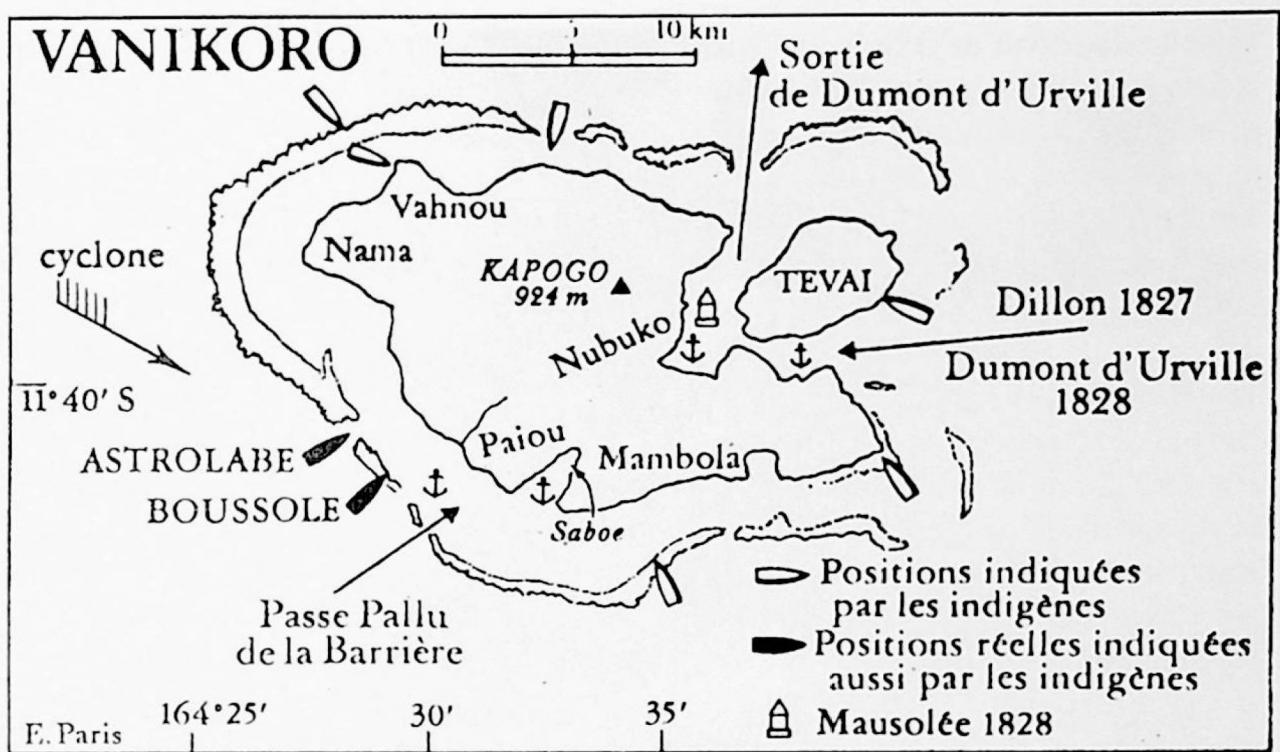
EL LARGO VIAJE

Lapérouse, como aristócrata que era, elige la carrera del mar reservada a la nobleza. A los dieciocho años es herido y hecho prisionero por los ingleses. La paz entre ambos países lo devuelve a sus tierras. Una nueva guerra lo lanza a la América del Norte, a destruirles almacenes y emplazamientos en la bahía de Hudson.

Aunque le esperan luego tareas de paz. Inglaterra encabeza la ciencia en el mundo. La expedición de James Cook ha obtenido resultados impresionantes. Otras realidades se ofrecen. Francia no puede quedarse atrás. El tratado de Versalles trae el fin de las guerras. Luis XVI en persona organiza una expedición científica para continuar y superar la obra de Cook. Convoca a astrónomos, cartógrafos, naturalistas. Dota a dos corbetas nuevas, la *Boussole* y la *Astrolabio*, de laboratorio e instrumental científico moderno. Los ingleses, buenos jugadores, prestan los instrumentos que pertenecieran a Cook.

El 1º de agosto de 1785, la expedición sale de Brest. La comanda el conde de Lapérouse. Escalas en Madera, Canarias, el sur del Brasil. Logran franquear el cabo de Hornos sin problemas en febrero de 1786. Tratan de aproximarse a las islas de Juan Fernández. Los vientos los arrastran hacia la costa chilena. Se detienen en Concepción a hacer agua y aprovisionarse de alimentos.

La ciudad acaba de ser reconstruida. Un terremoto. Tiene diez mil habitantes. Lapérouse ancla en Talcaguana (así la llama). Encuentra las provisiones adecuadas y a "precios moderados". A los pencones, flojos. Advierte demasiados sacerdotes, gente joven que debía estar trabajando en vez de entregarse a la oración. Como hombre de mundo que era, da una gran comida para ciento cincuenta personas principales, seguida de baile, bajo una carpa con espectáculo de fuegos de artificio y la ascensión de un enorme globo de papel, una *Montgolfier* que maravilla a los indianos, despertando protestas de los científicos de la expedición, ya que era material para sus experimentos. En su *Diario*, llevado a Europa desde Kamtchatka por Barthélemy de Lesseps, oficial de marina y tío del gran Fernando, se asombra de los zapatos de las penconas, tan pequeños, que les deforman los pies y apenas si pueden caminar y bailar con dificultad. Describe sus pesados y ornamentados trajes, las dos mantillas, la multitud de trencitas que caen por sus espaldas. Pero sin duda son los pies redondos, como los de las chinas, lo que más le sorprende. Don Ambrosio O'Higgins, al timón de este Reyno de Chile, no le permite a la expedición excursionar científicamente a los cráteres de los volcanes, como ellos deseaban. Con los dos buques repletos de



El más extraordinario hallazgo de restos de las naves que naufragaron en Vanikoro, fue el de Dumont d'Urville en 1828: el ancla de la Boussole, colocada actualmente frente al monumento de Lapérouse en Albi. Este mapa fue trazado durante la expedición de rescate.



En 1964 Francia organizó una Expedición Nacional a Vanikoro, para rescatar lo que se pudiera del naufragio. Con modernos elementos, la asesoría de buzos especializados y personal médico, fue explorado el fondo marino. El resultado lo vemos en esta foto tomada por el entonces capitán de navío Maurice Brossard, quien llegó más tarde al grado de contralmirante. Son restos de la *Boussole*, la nave de Lapérouse: la campana, tuberías, un cañón, entre otras cosas.

charqui, sebo, cabras, cerdos, gallinas, frutas, granos y agua fresca, se dirigen Pacífico adentro hacia *Te Pite-te-e Nua*, ese ombligo del mundo, la Isla de Pascua, que tanto había intrigado a James Cook y otros viajeros.

LOCOS POR SOMBREROS Y PAÑUELOS

El 8 de abril de 1786 anclan frente a la bahía de Cook. Al revés de Cook que llegó a Pascua muriéndose de escorbuto y que para sanar tuvo que comerse el perro regalón de su oficial, Mr. Foster (*comí su carne cocida y bebí la sopa* —recuerda Cook—), Lapérouse está en buena salud y ánimo. Aconseja a toda la expedición tratar a los pascuenses con gran cortesía. Permaneció allí apenas veinticuatro horas. Descubrió que las estatuas estaban hechas de

piedra volcánica, 'lapillo'. Que esa escultura, sin duda, se originaba en las culturas polinésicas (confirmando a Cook). Que los pascuenses habían arrasado sus tierras. Que Pascua era una isla cuyo pueblo andaba desnudo, y se alimentaba sólo de tubérculos y raíces, aunque sobraran las estatuas y túmulos funerarios. Los ve beber agua del mar "como los albatros del cabo de Hornos", error que hizo suyo Stephen Chauvet. La explicación: una corriente subterránea de agua dulce que brotaba de alguna cisterna en cráteres volcánicos.

Los pascuenses (casi quinientos) los envolvieron. Y los expoliaron hasta los límites de toda paciencia. Les ofrecían sus mujeres y sus hijas, y mientras éstas los distraían con sus caricias, procedían a desvalijarlos. Luego, huían todos riéndose. Para volver a intentar nuevos latrocinos. Buceando cortaron los cables y se robaron un ancla de una canoa del *Astrolabio*. Lapérouse, que les había perdonado sombreros, zapatos, pañuelos y pelucas, envió soldados a perseguirlos, los que fueron casi lapidados por una poblada de pascuenses que, entre gritos y risas, como niños, los apedreaban sin piedad.

Según el 'diario' del capitán, en la isla había, por esos años, unas dos mil personas. De éstas, unas seiscientas cincuenta eran mujeres. Los encontró infantiles, malos agricultores, hipócritas. Sabían que el robo era un delito, ya que huían luego, para evitar el castigo. Engañaban con zalemas, caricias y toda suerte de humillaciones, para volver a robar y huir.

HACIA LA DESAPARICION

Toca en las islas Sandwich y en Alaska, donde pierde dos chalupas con veintiún hombres. Recorre las costas de California, se lanza hacia las islas Marianas, llega a Macao, a las Filipinas, explora la Corea, el Japón, hasta Rusia. El 11 de diciembre de 1787, en las islas Samoa, uno de sus capitanes, Fleuriot de Langle; un físico, de Lamanon; y once marinos, son muertos por los indígenas. Lapérouse, que tenía armas para exterminarlos a todos vengando estos asesinatos, prefiere retirarse. Su 'diario' lo muestra bondadoso. A fines de ese año anda por Australia. Anuncia en febrero de 1788 que intentará explorar la Nueva Caledonia y la Nueva Guinea.

Y eso es todo. Nada más. La expedición se desvanece íntegra en el mar.

LA BUSQUEDA

En 1791, dos navíos al mando de Joseph d'Entrecasteaux investigan la

Nueva Guinea, de acuerdo a un informe de un marino inglés. Dos años después pasa frente al atolón de Vanikoro, isla envuelta en arrecifes de coral. Tiempo y vientos le impiden explorarla. Muchos años más tarde se sabrá que allí quedaban vivos aún dos marinos de la expedición de Lapérouse.

Las huellas se borran. En 1826, Peter Dillon, capitán inglés, se entera de que diversos objetos de manufactura francesa han aparecido en Vanikoro. Y, por las historias del mar, conoce detalles del naufragio de los dos buques. Los sobrevivientes de uno habrían sido exterminados por los naturales. Los del otro se dispersaron por las islas. Se hablaba de un buque que habrían construido. Sin duda, Julio Verne se enteró de estas especies.

En 1828, Dumont d'Urville llega a la isla. Recoge nuevos restos del naufragio del *Astrolabio*. Erige un túmulo recordatorio.

En 1833, el oficial Bénier encuentra nuevos restos. Pero, ¿qué pasó con la *Boussole*, el buque insignia de Lapérouse?

En 1958, expertos submarinistas descubren un ancla que podría ser de la *Boussole*. Y en 1962, otro buceador, el neozelandés Reece Discombe, en una grieta del arrecife de coral, encuentra la nave capitana. O lo que de ella quedaba. En 1964, una misión de la Marina francesa identifica estos restos inequívocamente.

El misterio estaba resuelto. Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Por qué los dos buques? ¿Cuándo? ¿Cuántos sobrevivieron de isla en isla, como en relatos de Conrad? La imaginación de Julio Verne quedó corta.

EN ALBI

En la ciudad cátara de Albi identificada por haber sido cuna de Toulouse-Lautrec, un 'laperousiano' devoto, el doctor Pierre Amalric, presidió el *Colloque Lapérouse*, con motivo del bicentenario de la muerte del marino. Asistieron notables: almirantes, profesores, académicos, el Duque de Castries, Alphonse de Bourbon, Duque de Anjou y de Cádiz (quien orgullosamente tituló su charla *Mi tío Luis XVI y Lapérouse*), el marqués y Conde Taffanel de la Jonquièrre, el Barón de Shonen.

Y por Chile, nuestra Attaché Culturel Marta Blanco, cuyo trabajo sobre Lapérouse en Concepción y en Isla de Pascua mereció tal entusiasmo del doctor Amalric, motor de ese congreso, que la llamó Attaché Scientifique, rebautizo que ella se apresuró a enmendar. La cita de Albi fue melancólicamente culta y dentro de la mejor navegación intelectual gala.

Découvrez Le Vieil Alby

OUVERT TOUTE L'ANNÉE

(tous les jours de 14 h à 18 h — De juin à septembre, de 10 h à 12 h et de 14 h à 19 h)



En dix-huit scènes commentées

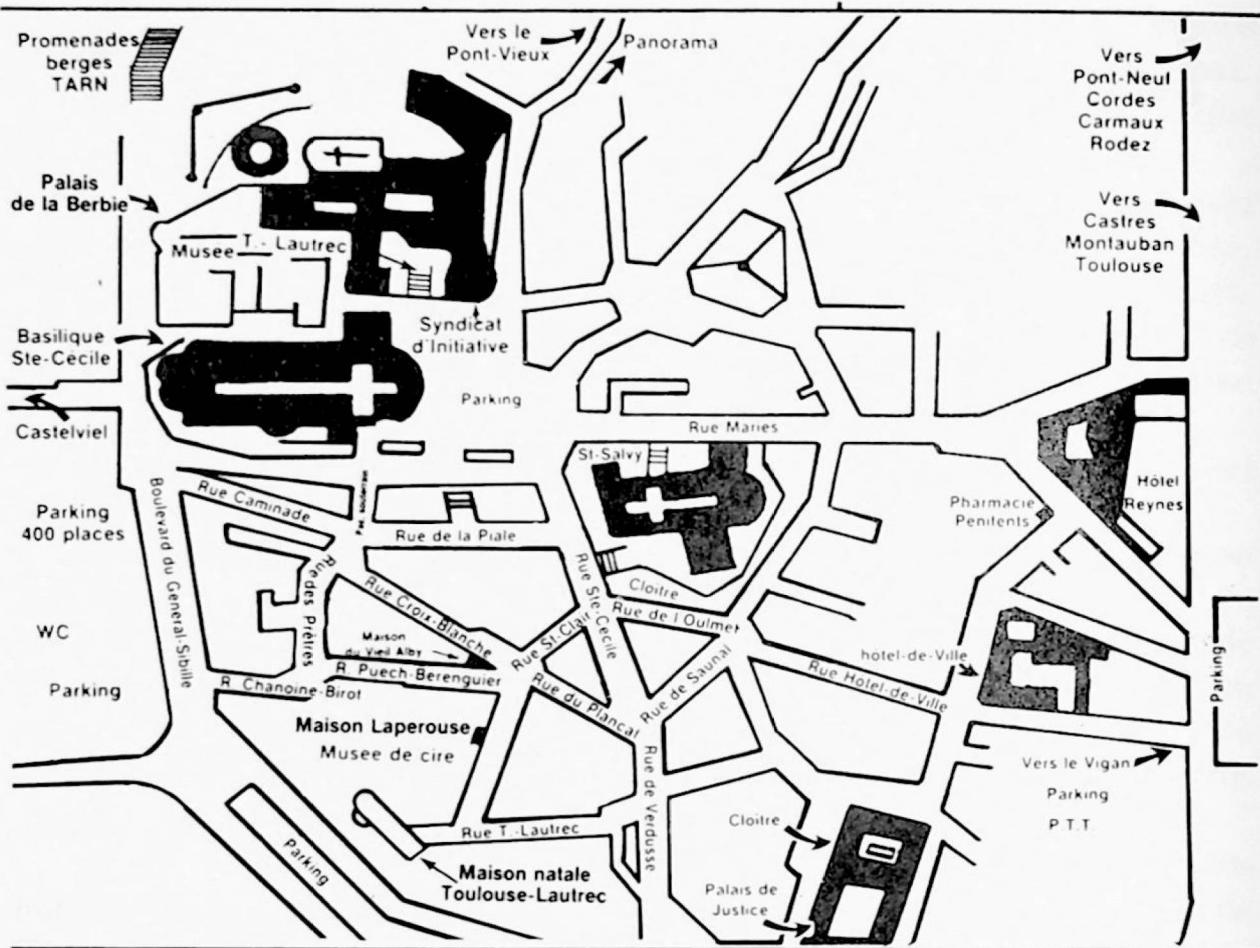
PANORAMA HISTORIQUE D'ALBI (574 à 1944)

LES PERSONNAGES : Lapérouse, Toulouse-Lautrec, Jean Jaurès, etc...

Este es el programa que se les reparte a los turistas que visitan el Museo de Cera de Albi, con figuras de tamaño natural de los personajes notables nacidos en esa ciudad.

DIOS, EL TEJEDOR

Sueño que Dios teje con muchos palillos e hilos una extraña tapicería humana. James Cook (Cook: cocinero) muere comido por los antropófagos de las islas Sandwich. He sabido de dos muchachas en flor que vivieron en la Isla de Pascua en procura del amor y la libertad. Una se llamaba Moira. Se



Plano de Albi con indicación de los principales lugares de interés, la Maison Lapérouse, entre otros.

bañaban desnudas en la playa Lapérouse, lugar donde desembarcó el Conde. ¿Qué fue de ellas? ¿Lograron encontrar el amor y la dicha? ¿Escapar de la servidumbre que aplasta la vida?

¿Y qué fue de François de Galaup? ¿Qué pudo haber sido? Lapérouse deseaba regresar a Brest *exactamente en julio de 1789*. Tal vez habría entrado el día 14. Por ahí. Esperaba ser recibido por su Rey. Con seguridad éste le habría dado una audiencia en La Conciergerie. Y, junto a él, notablemente y derechito, a la guillotina. Pero Moira se baña en la playa Lapérouse y el Conde duerme entre corales que semejan flores, en Vanikoro, observado, tras el vidrio, por el capitán Nemo.